

40 FIMC
AÑOS DE LEYENDAS



Instituto
Canario de
Desarrollo
Cultural



Gobierno
de Canarias



FILARMONICA DELLA SCALA

Myung-Whun Chung *Dirección*

PROGRAMA PROGRAMME

FILARMONICA DELLA SCALA

Myung-Whun Chung *Dirección*

MAIN PARTNER



Gran Canaria · Auditorio Alfredo Kraus

8 febrero 2024 · 20:00

Tenerife · Auditorio de Tenerife

9 febrero 2024 · 19:00

G. MAHLER (1860 - 1911)

62'

Sinfonía nº 5 en Do sostenido menor

1. *Trauermarsch. In gemessenem Schritt. Streng. Wie ein Kondukt*
2. *Stürmisch bewegt. Mit grösster Vehemenz*
3. *Scherzo. Kräftig, Nicht zu schnell*
4. *Adagietto. Sehr langsam- Attaca*
5. *Rondo-Finale. Allegro-Allegro giocoso. Frisch*



Gustav MAHLER (1860 - 1911)
Sinfonía Nº 5

Mahler no sólo creía en sí mismo, sino en la redentora misión del arte.

La primera pieza que se conserva del compositor no tiene valor musical, pero sí esclarecedora. Es una polca con marcha fúnebre introductoria compuesta para piano a los seis años de edad. Curiosamente ya unía la tragedia con la alegría, lo fúnebre con la algarabía. La Quinta sinfonía es un claro ejemplo de esa extraña dualidad. Comienza con una gran marcha fúnebre y termina con el movimiento más alegre de toda su producción sinfónica.

El 5 de enero de 1901, Mahler da una cena para presentar a su pareja Alma Schindler a sus amigos. El 9 de marzo de ese mismo se casan. Ella está embarazada. Se van de luna de miel y de gira a San Petersburgo. Mahler regresa con las energías renovadas. Como esposo será un hombre distraído, exigente y apasionado, se esforzará siempre en compartir su vida espiritual y sensible con ella. Será Alma la que pase a limpio las partes orquestales de la Quinta Sinfonía. Mahler se la interpretará íntimamente a ella al piano. Será la primera obra que verá nacer a su lado.

Solamente un año separa la Cuarta de la Quinta Sinfonía y no obstante, Mahler cambia todo su enfoque sinfónico. Abandona la palabra y se aposenta en el mundo instrumental, al que transforma. Compensa la ausencia de voz humana con un nuevo acento sobre la polifonía orquestal. La Quinta, la Sexta y la Séptima sinfonías, creadas entre 1901 y 1905 y estrenadas en 1904, 1906 y 1908 respectivamente, les une que no tienen voz ni un programa específico.

No le gustaba a Mahler que lo llamaran “compositor de verano”. Ciertamente era que sus ocupaciones como director de orquesta lo absorbían todo el año, pero solía terminar sus obras en épocas laborables. No, no le gustaba, pero aquel verano de 1901 escribió varios lieder y el primer y tercer movimiento de la que sería su Quinta sinfonía. Durante el año perfiló sobre todo el gran Scherzo. En el verano de 1902 realizó los otros tres movimientos. La obra se estrenaría el 18 de octubre de 1904. Curiosamente la obra “feliz” de Mahler la revisó varias veces hasta 1909 e incluso poco antes de fallecer afirmó que no iba a tener tiempo para darle unos retoques.

Una llamada, especie de fanfarria militar de la trompeta, da paso a una marcha fúnebre con tres toques del metal paralizantes. Pero ese toque inicial de trompeta, un tresillo y una blanca que se repiten es, sin duda, un guiño a la Quinta de Beethoven. Beethoven llama a la puerta del destino, Mahler es distante y triste, es alguien dispuesto a golpear la vida y asumir malas noticias. Comienza así una de las obras más impresionantes del mundo sinfónico. La atmósfera es elegíaca, la forma es simétrica si consideramos el segundo movimiento como parte y continuación del primero. Una doble exposición de una tocata confiada a las cuatro trompetas y un tema en los violines, trae una melodía nostálgica. Sigue una explosión apasionada y salvaje en SI bemol, acentuada por las llamadas sincopadas del metal, los ecos del comienzo con flauta y el cierre con un ‘pizzicato’ en la cuerda grave. Todo se queda en el aire, con la sensación que aún no ha terminado, que esto ha sido una introducción a algo.

Así es. Si la “Trauermarsch” multiplica los latidos del pulso como un gran diapasón, el segundo primer movimiento es el colofón de una genialidad. Lleva la indicación “tempestuoso, con la máxima vehemencia”. Su función es romper la inmovilidad creada por la marcha anterior. Es su

desarrollo sinfónico y el centro de una original forma sonata dividida y aumentada en dos espacios que arrojan una nueva concepción. En su interior atesora, la coral que cerrará la obra, la tragedia de su Sexta Sinfonía e incluso el halo tenebroso de su Séptima. Es una llave para el futuro.

El más largo y notable de los scherzos de Mahler irrumpe en la mitad de la obra siendo ecuador y eje de la sinfonía. Él no se preocupó mucho en imitar el llamado “scherzo beethoveniano” como Schubert o Bruckner. Prefirió romper estereotipos y fundir el ‘laender’ (baile típico campesino) con el vals y melodías burlonas, irónicas e incluso vulgares. Todo esto invade la pieza y la convierte en una de las más bailables de su creación. A medida que avanza, todo se complementa, compiten los temas..., una quinta trompa aparece. El final suena español, un aire a <<El Sombrero de Tres Picos>> de Falla (1919). Se cierra con cierta inquietud y mucha causticidad rústica.

La obra se detiene. Sigue impresionando que una pieza dominada por los metales, orquestada en la brillantez de las maderas y el estallido de la percusión, se detenga para hacer sonar un “intermezzo” fabuloso: el ‘Adagietto para cuerdas y arpa’. Este mágico instante contiene una clara cita de su lied “Estoy perdido para el mundo”. Coloca la indicación “morendo” en dos pasajes y un asomo del “motivo de la mirada” de <<Tristán e Isolda>> de Wagner. En pocas notas, siempre las mismas, se expresa amor y pérdida, compromiso y revocación, energía vital y muerte. Mahler anotó un tiempo de unos nueve minutos. Muchos directores lo alargan entre diez, doce y hasta cerca de catorce. Entre más largo es, más triste suena. No creo que fuera esa la idea del compositor. No fue creado para ser “bonito” ni “entrañable”, no es para bodas ni bautizos ni siguiera para funerales. Sin embargo, fue inspiración para Visconti y su búsqueda de la belleza en la película <<Muerte en Venecia>>. Ha sido banda sonora de la incompreensión, de la injusticia, de las guerras. Fondo en bodas, bautizos, anuncios... Fue la música para el funeral de John F. Kennedy y también para el de los muertos en las Torres Gemelas. En cambio, para el propio Mahler, evoca simplemente la soledad en todas sus variantes y su certeza inevitable, que ya es bastante.

La música se desvanece y sin pausa se inicia el final. Un fagot cita su irónico lied “Alabanza a la Mente Elevada” donde un cucú convence al ruiseñor que un burro, por tener grandes orejas, sea el

juez que elija al mejor que canta; el burro, al no entender el sofisticado canto del ruiseñor, decide que gana el cucú. Al fagot le siguen el oboe, la trompa y el clarinete que se interpelan. Súbitamente empieza una fuga que conduce a una coral luminosa y brillante. Este es el final más 'alegre' de Mahler y no tiene igual en toda su producción. Afirmaba en aquel momento que "la dicha carece de problemas". Felizmente casado, con una hija recién nacida, con cierto éxito como compositor, probablemente siendo uno de los mejores directores del mundo y, sin duda, el más considerado, Mahler está en su plenitud. De todas maneras, esta alegría suena desenfrenada, innecesaria, no es ingenua ni espiritual. Algo implacable sigue su curso que su Sexta sinfonía confirmará y sellará. Mahler es una profesión de fe.

Ahora esta obra aparece con asiduidad en los programas de casi todas las orquestas del mundo. Gusta a los músicos y a los oyentes. Es una pieza típica para que un director haga lucir su orquesta, pero muchas veces esas interpretaciones van en detrimento de sus posibilidades expresivas. Aun así, quizás sea esta la mejor manera de cerrar el Cuarenta Festival Internacional de Música de Canarias.

Sebastián León



Patrocinadores



Colaboradores

